EL HIPOPÓTAMO.

Este terrible animal se cria por lo comun en los grandes rios de Africa, principalmente desde la Etiopia hasta el cabo de Buena Esperanza. Tiene de 12 á 15 pies de largo desde el hocico á la estremidad de la cola, y sobre seis de altura. La cabeza es enorme y su boca rasgada y fuerte está armada de 30 á 40 dientes de 26 pulgadas de largo. Su peso es muy considerable. Las piernas son cortas en proporcion al volumen del cuerpo que sustentan, y en cada una tiene cuatro dedos provistos de fuertes uñas. Su piel de un gris azulado es tan espesa que, como la del rinoceronte, resiste la lanza y aun despide las balas especialmente en el lomo. No tiene pelo, sino es un poco en la cola y en el hocico.

El hipopótamo es anfibio, y permanece de preferencia dentro del agua donde sus movimientos son mas rápidos y ágiles que sobre la tierra. Nada con facilidad, ayudándole mucho el gran volumen de su cuerpo, y su fuerza y valor parecen aumentarse en su elemento favorito donde siendo mas peligroso atacarle se considera él mas seguro. Anda por el fondo del rio lo mismo que sobre la tierra. Por la noche sale á la ribera á pacer la yerba y comer el arroz y las legumbres que cultivan los negros, los cuales no atreviéndose á atacarle sino en número considerable no hallan otro medio de espantarlo que el de encender grandes hogueras y hacer mucho ruido. El hipopótamo no es naturalmente feroz, siempre que no se le molesta, pero cuando se siente herido su mansedumbre se convierte en furor espantoso: en este caso es muy de temer considerando su fuerza prodigiosa y las armas terribles de que está provisto.

El modo de matarlo es análogo al que se emplea con el crocodilo. El Dr. Edward Reippell, aleman, hace en la relacion de sus viages (1) una interesante descripcion de la caza del hipopótamo en Dóngola la cual transmitiremos en sus mismas palabras. Dóngola es una comarca de Africa que se estiende por ambas orillas del Nilo desde los 19° 13' de latitud Norte hácia el ecuador en una estension de 55 leguas próximamente.

"El arpon con que los naturales atacan al hipopótamo es todo de hierro y remata en un plano ovalado cuyos bordes son muy cortantes. Al extremo del mango va atada una fuerte cuerda que termina en una boya ó pedazo grande de madera. El cazador ataca al animal bien sea de dia ó de noche pero prefiere comunmente el dia porque puede sustraerse mas facilmente á la venganza de su furioso enemigo. En la mano derecha tiene el arpon y una parte de la cuerda y el resto de ella en la izquierda. Asi preparado se acerca cautelosamente al hipopótamo mientras duerme este en alguna isleta del rio, ó le espera por la noche cuando sabe ha de salir á tierra á tomar alimento. Colocado á seis ó siete pasos de él, arroja el arpon con toda su fuerza, y si tiene acierto esconde el hierro y aun parte del mango en el cuerpo del animal. Este por lo comun se sumerge inmediatamente en el agua, pero la boya indica la direccion que ha tomado. Si el hipopótamo divisa al cazador antes de ser atacado, corre este inminente riesgo, pues suele lanzarse á él con increible furia y despedazarlo en un segundo. Yo mismo presencié una de estas catástrofes."

"Tan luego como el animal ha recibido un golpe certero, los cazadores en sus pequeñas canoas se acercan con cuidado de la boya, atan á ella una cuerda y llevándose el otro estremo se apresuran á reunirse á sus compañeros que á cierta distancia los esperan en un bote mayor. Desde allí empiezan á tirar de la cuerda para atraer al hipopótamo que enfurecido por el dolor, no pocas veces consigue hacerlo pedazos con los dientes ó volcarlo. Entretanto sus enemigos no se descuidan; otros cuatro ó cinco arpones abren nuevas y profundas heridas, hasta que por último desangrado y exhausto exhala el último suspiro. Como el hipopótamo es demasiado pesado para sacarlo del agua sin el auxilio de muchos brazos (algunos pesan tanto como cuatro ó cinco bueyes) los cazadores lo despedazan en el agua, y traen á tierra los pedazos."

"Uno de los hipopótamos que matamos, era ya viejo y de un tamaño desmesurado. Sostuvimos con él una lucha de cuatro horas por la noche, y poco faltó para que perdiéramos el bote grande y aun la vida al furor de este

(1) Viages en Nubia 1824—5. Frankfort sobre el Main 1829.

terrible animal. Asi que divisó los dos cazadores en la canoa que tenian el encargo de atar la cuerda á la boya, se lanzó á ellos, hincó los dientes en la canoa, y arrastrándola consigo al fondo del rio la hizo astillas. Los dos negros que iban en ella se salvaron milagrosamente á nado. De veinte y cinco balazos que dirijimos á su cabeza solo uno le atravesó la nariz: en cada respiracion lanzaba por la herida un caño de sangre sobre el bote; por último despues de los mayores esfuerzos durante una lucha tenaz y prolongada logramos concluir con él. La oscuridad de la noche aumentaba el peligro del combate pues el gigantesco animal sacudia y zarandeaba nuestro bote como si hubiera sido una ligera tabla con no poco riesgo de volcarlo y sepultarnos á todos en las aguas; advirtiendo que logramos la victoria en momento muy oportuno pues nuestro enemigo nos habia metido en un laberinto de peñascos que en la escitacion y riesgo de la pelea no habiamos echado de ver.»

La hembra produce solo un hijo en cada vez, y lo deposita en la ribera entre cañas, acostumbrándolo muy temprano á entrar en el agua, en cuyo ejercicio lo adiestra llevándolo al principio sobre su espalda. Tiene solo dos ubres y su leche es tan buena como la de la vaca.

La carne del hipopótamo jóven es muy sabrosa, pero la de los ya crecidos tiene demasiada gordura. Cuando estos animales se encuentran en el fondo del agua procuran evitarse; pero en tierra suelen pelear con encarnizamiento: para esto se levantan de manos y sentados como las monas se muerden con furor.

SOBRE CONDUCCION DE AGUAS Á MADRID.

Tenemos entendido que en estos dias ha llegado al Excmo. Ayuntamiento una propuesta hecha por una casa respetable de París para verificar el proyecto de traer abundancia de aguas potables á Madrid, obra que cada dia se va haciendo mas urgente, y no tardará en ser absolutamente indispensable si se quiere asegurar la existencia de la capital de la monarquía.

La propuesta á que nos referimos no hace, segun parece, indicacion de cual de los proyectos ideados es el que adoptaria en su caso el empresario, pero de todo su contenido y de la larga permanencia de aquel en esta capital, relacionado con todo lo mas importante de ella, se infiere que ha tocado las dificultades y pesado y combinado los medios de vencerlas, contando por resultado con la seguridad necesaria para aventurar su propuesta. Las bases generales que se contienen en esta, son, segun se nos asegura, las siguientes. =

El empresario se obliga á conducir al punto mas elevado de Madrid ó á aquel de la poblacion en que fuese mas fácil la distribucion en los barrios, *ciento sesenta y dos mil quinientos* pies cúbicos castellanos de agua por cada veinte y cuatro horas (1).

El empresario podrá tomar el agua en los sitios y parages que mas le conviniere, salvo siempre el derecho de tercero, y se valdrá libremente del ingeniero ó ingenieros nacionales ó extranjeros que elija, sin sujecion á otros planes que los que su pericia le hiciere formar, sin embargo de que le sean facilitados para su instruccion todas las noticias y proyectos formados hasta aquí.

El ayuntamiento no estará obligado á anticipar fondos algunos al empresario; pero estará autorizado á formar asociaciones con nacionales ó extranjeros, repartiendo entre unos y otros las acciones en que se dividiere el capital, los cuales correrán libremente en las transaciones mercantiles de España bajo la proteccion de las leyes segun se ofreció en el programa de 4 de octubre de 1834.

El ayuntamiento se obligará á tomar al empresario los referidos 162,500 pies cúbicos de agua, creyendo aquel que conviene á los intereses de la villa ser dueña esclusiva de todas las aguas y distribuirla en las casas como se verifica en varios pueblos de Inglaterra; pero el empresario se reserva la preferencia caso de que la villa quiera egecutarlo por empresa, y en el concepto de que esta segunda parte se haria por contrato separado.

Si el empresario lo solicitase del gobierno, este le facilitará el número de presidarios que tuviese á bien otorgarle, obligándose á darles lo que le cuesten al estado.

El empresario se obliga á pagar al contado ó como acuerde con los propietarios (previa tasacion) los terrenos que ocupe y daños que ocasione en la línea de conduccion de las aguas, relevándosele por lo tanto de dar fianza.

Puestas las aguas en el punto que convenga, el ayuntamiento entregará al empresario *seis millones de reales* en dos plazos, á saber; soltadas las aguas en la altura convenida tres millones de reales y los otros tres al cumplir el año de la primera entrega. Ademas de la referida cantidad la villa se obligará á pagar al mismo empresario *veinte y cinco mil duros anuales* por espacio de cincuenta años seguidos, que podrá poner por acciones legalmente autorizadas para circular en el reino y en el extranjero; é hipotecando á la seguridad de todo esto las casas y edificios que tiene la villa en Madrid y los sotos y tierras de su pertenencia.

Toda duda ó desavenencia que pudiera existir entre el ayuntamiento y la empresa, se zanjará por compromisarios árbitrios nombrados por las partes, y tercero á la suerte en caso de discordia.

Estas son, pues, las condicciones con que se propone esta empresa, ampliándose en ella todos los pormenores, tales como la circunstancia de que la cantidad de agua referida será la que se dará en los tiempos de mas sequía y mucho mayor en lo restante del año, y otras circunstancias igualmente favorables á la villa.

Si consideramos lo que esta gasta anualmente para proporcionarse la mísera cantidad de agua que nos surte, no puede dudarse que resulta en la adopcion de esta propuesta una ventaja palpable de ahorro y economía (2).

Si de aquí pasamos á la consideracion de los inmensos beneficios que reportaría la poblacion con el aumento de cuatro tantos mas del agua de que puede disponer en el dia, veríamos sin duda que no hay género de sacrificio que no deba hacerse para obtener aquel resultado.

La propuesta, por otro lado, nos parece ventajosa atendida la manera del pago, sin adelantos y solo en el

---

(1) Los ciento sesenta y dos mil quinientos pies cúbicos de agua representan *mil trescientos reales* de la medida usada en Madrid; en el concepto de que cada real de fontanería es de ciento veinte y cinco pies cúbicos por 24 horas. La cantidad que hasta ahora tiene la Villa para su surtido es de unos 333 reales poco mas ó menos.

(2) A falta de otros datos mas modernos que no harian mas que esforzar nuestro argumento, júzguese de esta verdad por el siguiente estado de las cantidades invertidas en el ramo de fontanería en los años que se expresan.

	REALES.	MRS.		REALES.	MRS.
En 1824.	768,681	4	En 1827.	624,000	10
En 1825.	604,200		En 1828.	833,888	28
En 1826.	665,216	1	En 1829.	915,155	
			Total en 6 años	4.261,141	9.

caso de su realizacion, y luego en un periodo suficientemente largo para hacerse posible su satisfaccion. Ademas, el nombre del empresario, sugeto apreciabilísimo y bien conocido en esta capital, individuo de la Cámara de diputados de Francia, y relacionado honrosamente con nuestro gobierno, nos parece una garantía mas que suficiente para entregarnos á las mas halagüeñas esperanzas. Pero no intentamos prevenir el juicio del Excmo. Ayuntamiento sobre un proyecto que sabemos ha recibido con la mas singular complacencia, apresurándose á nombrar una comision de su seno que lo examine é informe con urgencia sobre asunto tan trascendental y delicado. Confiamos, pues, en su recta interior y en sus conocimientos, que sabrá adoptar lo conveniente, y proporcionar al pueblo que representa la primera de las ventajas materiales, que tantos años reclama en vano. Tal es el objeto que nos ha guiado á trazar estas líneas, y unir nuestros votos en este punto á los de todos los habitantes de esta heróica capital.

HISTORIA DE HOGAN.

[Deseosa la redaccion del *Semanario Pintoresco* de conservar en este periódico la tendencia moral que debe ser el principal objeto de toda clase de publicaciones, y con especialidad aquellas cuya mision importante es el instruir al pueblo y morigerar sus costumbres, no con áridos preceptos sino por medio de cuadros animados en que se retraten fielmente las consecuencias de la humana debilidad ó la belleza de la virtud, cuadros que á la par instruyan y deleiten; y convencida de que para este fin ofrece la historia de la sociedad acontecimientos y hechos de suyo tan interesantes como las ficciones mas ingeniosas de la imaginacion, con la dóble ventaja del prestigio que en sí lleva un hecho verdadero; dará siempre cabida en las columnas del *Semanario* á los relatos históricos que por su naturaleza satisfagan á aquellas condiciones, con preferencia á las meras producciones de la fantasía especialmente aquellas que, perteneciendo á un género difícil de manejar por cuanto estriba en las conmociones violentas del ánimo, no siempre corresponden á las severas exigencias del decoro y á los dictados de la sana moral.]

El siguiente hecho histórico estractado de una reciente publicacion inglesa, ofrece un ejemplo singular de la fuerza de cierto instinto moral que ha enlazado misteriosamente la providencia con las facultades mas íntimas de nuestra alma, y cuyos impulsos ni aun el hábito del crimen y la depravacion logran jamás estinguir completamente.

Hará como veinte años que un hombre llamado Hogan vivia en una pequeña casa de campo situada sobre una senda que conduce desde la aldea al camino real. La casa ha sido últimamente destruida por el propietario del terreno, para que no quedase vestigio de lo que fue teatro de escena tan espantosa; pero mucho tiempo ha de transcurrir antes de que los sencillos aldeanos al pasar cerca de aquel sitio funesto, dejen de señalar entre los árboles el punto donde existió la cabaña, estremeciéndose al pensar en el suceso que recuerda.

Era esta casita la cuna asi como la única herencia de Hogan. Hijo de padres honrados y de medianas comodidades atendida su esfera y circunstancias, habia recibido una educacion superior á la que generalmente obtienen los de su clase. Versado en aquellos conocimientos que pudo adquirir en la escuela del pueblo inmediato, instruido en sus obligaciones religiosas y morales, y aun por algun tiempo exacto en el cumplimiento de ellas, era considerado en los primeros años de su vida como el adorno de su pais natal, y madres é instructores le proponian por modelo á sus pupilos. Nunca pudo la poesía en sus inspiraciones mas felices ofrecer á la imaginacion del hombre un objeto tan dulce y halagüeño como el recuerdo de su juventud, cuando ha sido dirigida con acierto y empleada con fruto. Hogan sin ser entremetido, no carecia de sociabilidad; bailaba rara vez, pero puesto en el caso nadie lo hacia mejor que él: hablaba con circunspeccion pero siempre oportunamente; no se le veia con frecuencia en reuniones, pero colocado en ellas, era su conversacion amena el alma de la sociedad.

No de una vez y sin esfuerzo puede el hombre educado en los principios rectos é inocentes que acabamos de describir, olvidarlos hasta el punto de dejarse arrastrar á los escesos y crímenes que han hecho al desgraciado Hogan un objeto de ódio y reprobacion. La muerte de sus padres, y particularmente la de su madre, mujer respetable y virtuosa, fue la primer causa aparente del cambio que muy en breve se observó en la conducta de su hijo. Se le veia con mas frecuencia en las ferias y mercados de lo que sus quehaceres parecian exigir, y no volvia como anteriormente despues de medio dia, hora en que terminado el trafico de una feria irlandesa, comienzan sus diversiones y desórdenes. El gastador insensato que halla la miseria y ansiedad en medio del esplendor y abundancia de una capital, puede ver en la suerte que cupo á este desgraciado aldeano un retrato fiel de su propia desdicha. Su cortesía y sociabilidad fueron las solas causas que al principio le indugeron á obsequiar á aquellos entre sus vecinos y conocidos con quienes vendia ó compraba, vagando con ellos un rato por la feria. Por grados el juego, el baile y aun el pugilato (la fatal gloria del aldeano irlandés) empezaron á tener para él sus atractivos, y lo que antes era solo entretenimiento vino muy luego á ser una pasion irresistible. No paró en esto aun la corrupcion progresiva de su carácter. La miseria que ya le acosaba, obligándole á prescindir de todo miramiento hizo se apoderase de su espíritu cierta indiferencia ó desprecio de la opinion agena (síntoma alarmante de ruina interior) que se mezclaba siempre á su estúpida y feroz alegría. Los mas moderados empezaron á evitar su sociedad, y el desdichado se encenagó mas y mas en los vicios. La bebida, el juego, la blasfemia, en una palabra todos los escesos brutales de la vulgar disipacion le eran familiares, hasta que al fin vino á ser el objeto de la burla y compasion de todos los habitantes de la vecina aldea.

Aun llevó mas adelante al desgraciado Hogan su propension al crimen. Hacía tiempo no se hablaba en nuestro pacífico vecindario de los escesos y dilapidaciones que muy luego se hicieron habituales para él y sus cómplices. Los honrados labradores comenzaron á quejarse de daños hechos en sus huertos y plantíos, de destrozos en sus arbolados y rediles, y aun de vacas y caballos robados, sin que pudiesen descubrirse los autores de estas violencias. Sin embargo el hecho que condujo al miserable Hogan á su total ruina, fue de una naturaleza aun mucho mas odiosa.

Cerca de un bosquecillo de álamos á corta distancia de la aldea, habia una casita aislada que habitaba una señora anciana generalmente tenida por rica, y cuya confianza en el concepto estimable de que gozaba para con todos era tal, que vivia sola con una doncella sin considerar necesario el auxilio de un hombre para guardar su casa. Era caritativa y benévola con los pobres y enfermos, y muy querida por cuantos la conocieron. Un viejo mendigo, llamado Yamon, aunque brusco y soez en sus maneras, recibia diariamente de su mano los restos de una abundante comida, que saboreaba sentado en el umbral de la casa hospitalaria. Era costumbre de esta bondadosa mujer el reservar para su protegido todo lo que sobraba de su mesa, y dárselo con su propia mano, mientras el anciano reposaba durante el estio á la puerta de la quinta, ó se guarecia de las heladas del invierno á la

lumbre de su hogar. Mil veces Hogan en su infancia habia observado al mendigo sentado en los escalones de la entrada, habia visto abrirse la puerta y presentarse la buena señora á desempeñar su piadoso encargo, dirigiendo algunas palabras consoladoras al anciano Yamon, y dejándole que gozase del benéfico donativo. Mas de una vez al contemplar esta escena sencilla é interesante admiró la caridad de la Señora Maunsel, y le pareció ver á su ángel tutelar aplaudir este acto piadoso.

Una tarde Yamon estuvo mas grosero que de costumbre, y aun insolente con su bienhechora; la dirijió mil epitetos, quejándose de la comida que arrojó con desprecio á su perro. Compadeciendo ella la impertinencia del pobre viejo, pero sin querer dar alas á su insolencia, le dijo se quedaria sin comida al dia siguiente. La costumbre, suele decirse, constituye un derecho asi como hace la ley: el mendigo la desafió á que cumpliese su palabra, pero viendo al otro dia que era tan firme como benévola, se alejó profiriendo mil amenazas, esgrimiendo su palo y jurando vengarse del supuesto agravio. Algunas personas que se hallaban presentes le reconvinieron por su insolente cólera, y no olvidaron sus amenazas.

Hacía algun tiempo que la memoria de la anciana del bosque habia ocurrido á Hogan, pero con emociones muy distintas de aquellas que en otro tiempo habia esperimentado al volver de su escuela ó del trabajo: con dificultad, sin embargo, pudieron inducirle los rufianes que formaban ya entonces su única sociedad á que los acompañara en un ataque que intentaban dar á la casa, precisamente la misma noche en que, pocas horas antes, le habia sido rehusado á Yamon el acostumbrado refrigerio. Estimulado al fin por la necesidad y el ejemplo de aquellos malvados, consintió en unirse al bando, pero bajo la condicion de que no se maltrataría á nadie. Apenas anochecio se encaminaron á cumplir su detestable proyecto. No habia conocido hasta entonces el desgraciado Hogan la ansiedad y agitacion de espíritu que acompaña siempre á la perpetracion de un delito: ademas temia, y no sin razon, la ferocidad de sus asociados.

Era ya media noche cuando entraron en el bosquecillo de álamos que resguardaba la casilla de los vientos de poniente. Tan lejos estaba su pacífica dueña de sospechar el menor peligro, que habia dado licencia á su doncella, única persona que la acompañaba, para que fuese á pasar la noche en una velada ó funcion inmediata. Despues de cerradas las puertas y ventanas se retiró á su cuarto, y concluidas con su acostumbrado recogimiento sus cotidianas devociones, apagó la luz y se acostó. A poco rato la despertó de un tranquilo sueño el ruido confuso de pasos y murmullos que creyó oir á la parte esterior de su habitacion: sin perder un instante se acercó á la puerta y preguntó quien era: los rufianes se arrojaron sobre ella, pero dotada de serenidad y energia física resistió valerosamente, al paso que con los gritos mas agudos procuraba alarmar á los habitantes de las quintas inmediatas. Perplejos é irritados los bandidos olvidaron el pacto que habian hecho de no derramar sangre, y la desgraciada anciana fue víctima de su valor y de la atrocidad de aquellos monstruos.

Pero ¡quién podra describir el horror del miserable Hogan cuando supo (pues le habian dejado fuera como una especie de atalaya) que las atrocidades de aquella noche, ya suficientemente odiosas, habian sido selladas con el asesinato! Aterrado á esta noticia, le pareció por un instante que hasta entonces habia sido su vida pura é inocente, y que aquel era su primer paso hácia el crimen. Un peso enorme pareció cargar sobre su espíritu, su vista se turbó, y como maquinalmente se dejó arrastrar por sus compañeros sin poder articular una palabra ni ser dueño de distraer su imaginacion del suceso horrible en que acababa de tener parte. No quedaba otro arbitrio que el de huir precipitadamente: el botin de que se apoderaron, aun superior á sus esperanzas, les proporcionó abundantes medios para verificarlo, y antes que pudiera darse paso alguno para la aprehension de los malvados, estaban todos fuera ya del alcance de las leyes que acababan de violar.

Sin embargo, no debieron en un todo su salvacion á la prontitud de su fuga. El viejo Yamon de vuelta por la noche á la choza en que vivia, empezó á arrepentirse de su ingratitud, recordando los beneficios de su bondadosa protectora, y se echó en cara su impertinencia é insolentes modales para con ella. Despues de una noche incómoda, agitado por sueños espantosos y sobresaltos sin causa, se levantó al amanecer, y apoyado en su palo, se dirijió al bosquecillo anhelando una reconciliacion. ¡Cual fue su sorpresa al hallar la ventana de la cocina hecha pedazos y la puerta principal abierta de par en par á aquellas horas! ¡No le seguiremos en el funesto pormenor de sus descubrimientos! Baste decir que pálido, trémulo y horrorizado, salió precipitadamente de la quinta, en cuyo momento fue visto por la criada que volvia del sarao con algunas de sus compañeras, haciendo precisamente conversacion de la contienda del dia anterior y las amenazas con que habia terminado. El anciano fue aprehendido, examinado y conducido á la carcel pública. Las apariencias parecieron constituir una irresistible evidencia, y el desgraciado Yamon fue formalmente ejecutado cerca del sitio donde se habia cometido el delito.

Llegó la nueva de esta horrible injusticia á oidos de Hogan que se hallaba en América. La parte que le tocó del abominable despojo le habia facilitado los medios de establecer alli un pequeño comercio en el cual reportaba sus principales ventajas del tráfico con los emigrados de su propio pais establecidos en aquel punto. Uno de ellos que acababa de llegar, hablando á otro de un suceso ocurrido en nuestro vecindario, para fijar la época dijo: «Se verificó precisamente el mismo año en que el viejo Yamon fue ahorcado por el asesinato de la Señora Maunsel del bosquecillo de álamos.»

Felizmente para Hogan las cortinillas que cubrian la balaustrada de su escritorio impidieron á sus huéspedes el percibir su confusion. Esta noticia, al paso que garantizaba su seguridad personal, aumentó mil veces su remordimiento. ¡Un segundo asesinato revelado en este instante! Sus pasadas agonías, aunque no estinguidas, amortiguadas al menos por el tiempo y hábito constante, le asaltaron de nuevo con mayor violencia que nunca. La idea de la justicia no satisfecha aun, pesaba sobre su espíritu y le llenaba de terror. Durante algun tiempo buscó inútilmente en la religion un refugio contra su agitado espíritu, pues el arrepentimiento sin la restitucion es una palabra vana. Sus esfuerzos solo sirvieron para convencerle mas y mas de la enormidad de su delito, sin calmar los tormentos de su conciencia irritada. De dia, de noche, á todas horas creia ver vagar delante de sus ojos los lívidos cuerpos de las inocentes víctimas, y la apelacion á la justicia divina pesaba sobre su alma. Por mas que se esforzaba en entregarse á cuantas distracciones le sugería su afan de olvidar lo pasado, su imaginacion constantemente fija en el bosquecillo de álamos, le reproducia con horrible fidelidad la escena odiosa de que queria huir.

Impelido por una fuerza misteriosa é irresistible hácia los objetos con los cuales se asociaban todas sus desgracias, el infeliz Hogan dispuso de cuanto poseia en América y regresó á su patria el pasado otoño despues de un destierro de mas de veinte años. Era de noche cuando llegó á su aldea: una luna brillante iluminaba la campiña, y sin

detenerse Hogan ni darse á conocer á persona alguna, encaminó sus pasos hácia el bosquecillo, esperimentando su alma cierto consuelo al pensar que por lo menos ahora tenia en su mano el hacer alguna compensacion á la violada justicia de su pais. La casa permanecia aun inhabitada; pero las tierras adyacentes estaban bien cultivadas y el jardin ostentaba la misma frondosidad y hermosura que tenia en vida de su benévola propietaria. Despues de examinar con singular interés los sitios que tanto motivo tenia para reconocer, se dirijió á su propia cabaña que se hallaba á la sazon en poder de un pariente suyo: fue inmediatamente reconocido y felicitado por su regreso, y obtuvo de este sugeto los mas minuciosos detalles relativos á la causa y egecucion del inocente mendigo. Al dia siguiente se levantó temprano y fue á examinar el sitio mismo donde este infeliz expió tan severamente su funesto arrebato de cólera. Mas de un mes pasó de este modo transigiendo por decirlo asi con su íntimo perseguidor, y enterándose con el mayor interés de las circunstancias mas pequeñas relativas al desdichado suceso, para él la mas importante de las historias. Muchas veces en medio de la noche luchando con sus agudos remordimientos, juraba que el nuevo sol habia de alumbrar la manifestacion de su secreto, pero á la mañana siguiente el temor del castigo y el instinto de la conservacion, lograban el ascendiente sobre terrores mas distantes aunque no menos fuertes. Ah! cuán pocos dejan de ser niños en tales casos! Cuán corto es el número de los que poseen la fuerza de espíritu necesaria para estimar la diferencia entre los dias contados y los innumerables! Asi Hogan indeciso, vacilante, arrastraba una miserable existencia, despedazado por los remordimientos pero temiendo la ignominia. Mas de una vez salió de su casa resuelto á entregarse en manos del magistrado, volviéndose desde la misma puerta de este, repelido por un súbito desmayo de sus nervios al aspecto de la próxima muerte.

Una mañana, despues de pasar la noche en horrible ansiedad, el desgraciado Hogan se levantó al romper el dia, é imploró con lágrimas al cielo que iluminase su razon y le diese la fuerza de ánimo suficiente para hacer lo que la justicia exigia de él. Algo aliviado con este desahogo, se dirigió á un cementerio inmediato donde solia pasar la mayor parte de su tiempo como si quisiese familiarizarse con la idea de la muerte. La mañana era apacible y serena: algunas ovejas pacian entre las losas, y los pajarillos gorgeaban alegres en los espesos árboles que guarnecian este solemne recinto de la muerte. El mísero Hogan lleno de incertidumbre é ideas melancólicas leia las inscripciones de las tumbas envidiando el reposo de los cuerpos que cubrian. De repente un hombre salta la pared del cementerio, y pasando con la velocidad del rayo cerca del sitio donde él se hallaba, desaparece por el lado opuesto. Inmediatamente despues se oyeron voces: "detenedle, detenedle», gritaban, y dos ó tres aldeanos se lanzaron dentro del cementerio: Hogan, acusado por su delito, quiso huir pero fue detenido.

"Ya le tengo», esclamó el aldeano. "ah bribon, ahora sabrás lo que es un presidio, ya te enseñaremos á romper las cercas durante la noche y robar el ganado!»....

"Bien hecho, Tomás, gritó el rabadan que no habia podido seguir tan de cerca á sus criados; y tu, pícaro, ¿qué has hecho de mi ganado? Pero.... Tomás.... donde está el ladron? este no es el hombre que buscamos.»

"Yo soy», interrumpió Hogan pálido como la muerte, pero con una voz bronca y firme.

"¿Vos? repuso el ganadero» no sois el ladron á quien yo busco.» "No soy quien ha robado vuestro ganado», replicó Hogan, "pero sí, uno de los cómplices en el asesinato de la señora Maunsel del bosquecillo de álamos, por el cual Yamon el viejo mendigo fue injustamente ahorcado!!...

Esta inesperada confesion fue recibida por los oyentes con sorpresa y dolor. El descubrimiento de su secreto pareció sin embargo haber aligerado el peso que oprimia el alma de Hogan, quien pocos meses despues sufrió con menos ansiedad de la que él habia imaginado el castigo que la ley señalaba á su delito.

TEATROS.

Doña Maria de Molina, drama original en 5 actos; por *D. Mariano Roca de Togores.*

Al fin, el teatro moderno nacional, dignamente representado por una corta, pero escogida porcion de jóvenes poetas, toma en manos de estos aquel carácter original, filosófico y profundo que conviene al gusto del pais, y á la exigencia verdaderamente grande de la moderna escena.

Hubo momentos en que llegamos á temer que exaltada la imaginacion de nuestros escritores con los funestos ejemplos que les ofrecian á cada paso los modernos dramaturgos, singularmente del teatro francés, se apresurarían á repetir en nuestra escena todos los desvaríos, todos los horrores, que desgraciadamente y bajo el seductor alhago de plumas tan privilegiadas, no pudieron menos de conmover y arrebatar la admiracion de los pueblos á quienes se dirigian. Mas por fortuna, nuestros ingenios, colocados en frente de otra sociedad no tan estravagante, no tan ávida de sensaciones violentas, se dedicaron á estudiar su índole y sus necesidades, pesaron en su imaginacion la diferencia de pueblos y de costumbres, observaron que aquellos mágicos cuadros que en la escena francesa subyugaban el alvedrío de un público entusiasta, voluble y fanático por la novedad, eran juzgados con mayor severidad cuando trasladados á nuestra lengua, se veian ofrecidos á otro auditorio mas imparcial, mas reflexivo, y que todavía cree que la moralidad es la primera prenda de las obras del ingenio.

Reconocida, pues, esta condicion, y aprovechando por otro lado ventajosamente la justa libertad literaria que preside á las producciones de la escuela moderna; teniendo al mismo tiempo dentro de casa en nuestro antiguo teatro abundosa copia de modelos sublimes que imitar en este género, viéronse nuestros autores colocados naturalmente en el terreno que el público apetecia, y trabajando animosamente en él, no tardaron en recoger laureles con que adornar sus frentes, y verse aclamados por un pueblo que reconocia en ellos la espresion de sus ideas, de su civilizacion y de su poesía.

Entre las varias producciones que lograron al fin marcar esta nueva era de originalidad é independencia para la escena española, debemos señalar particularmente *El Trovador*, y *Los amantes de Teruel*, cuyo triunfo espontáneo, popular, no pudiera dejar duda á los autores modernos de cual era el medio de escitar la simpatía de un público español, noble, caballeresco, aposionado, amante de la gloria y de la belleza, con todas las debilidades, con todas las bizarrias propias de un clima meridional, que produce el crimen por un movimiento impetuoso, pero no por una helada reflexion, que se arroja al heroismo, á la supersticion, al amor, no por un estudiado cálculo sino por instinto y necesidad de su corazon.

Sin embargo, nuestros autores debieron considerar,

y consideraron en efecto, que en el siglo actual en que todas las obras del genio deben llevar un carácter de utilidad positiva, no eran solo llamados á recrear al auditorio con fábulas ingeniosas de amor, con diálogos de encantadora poesía, que si pudieron colmar los deseos de una sociedad tranquila en tiempos bonancibles y dichosos, necesariamente llegarian á parecer pálidos y sin vida ante un pueblo agitado por los vaivenes políticos, castigado por la necesidad, y aleccionado por la desgracia.

Vieron, pues, que les precisaba para cumplir con la justa exigencia del público, al par que con el verdadero objeto de la escena envolver entre la gala de sus producciones, un pensamiento moral, un hecho histórico, una verdad política de que el pueblo pudiese aprovechar, ya riendo bajo la festiva máscara de Talía, ya estremeciéndose al brillo del trágico puñal.

El mas festivo y fecundo de nuestros autores dramáticos modernos ofreció una feliz muestra en el primero de estos géneros adaptado tambien á las nuevas formas dramáticas, en su bella comedia *Muérete y verás*; y *La corte del buen retiro*, primera produccion de otro jóven y apreciable autor, vino en fin á ofrecernos el drama histórico, poético, original, sucesor fiel de la escena de Lope y Calderon. Hoy la Talía española entra de lleno en esta nueva senda, y aparece coronado por sus manos otro nuevo campeon, otro jóven tambien, que ha sabido encontrar en el polvo de los archivos materia á su argumento, y en el fuego de su imaginacion colores verdaderamente poéticos con que engalanarle. Su nombre es *D. Mariano Roca de Togores*; su drama Doña Maria de Molina.

La heróica constancia, el esforzado ardimiento con que esta gran reina de Castilla, viuda de D. Sancho el Bravo, gobernando el reino durante la menor edad de su hijo D. Fernando el IV, supo apaciguar las disensiones, dominar los partidos, resistir la ambicion de los pretendientes á la corona, y lograr en fin transmitirla á su hijo á costa de los mas grandes sacrificios; tal es el sublime cuadro que el autor ha escogido para su drama; pensamiento altamente político y moral, y que á par que el interés histórico reune en sí todo el que pudiera apetecerse en las mas dramáticas creaciones.

Omitimos por no ser prolijos el seguir al autor paso á paso en el desenvolvimiento que con singular maestría ha sabido hacer de tan hermoso cuadro, y únicamente nos permitiremos algunas palabras para dar una ligera idea del conjunto, y emitir nuestra pobre opinion en la materia.

La primer circunstancia digna á nuestro entender de admiracion y encomio en este drama, es el buen juicio y filosofía con que está presentada la verdad histórica del argumento y de los principales caracteres; la discreta economía en la invencion de incidentes episódicos, de poéticas libertades con que los autores modernos pretenden crear otra historia tan diferente de la verdadera. Y finalmente la esquisita erudicion, la esmerada diligencia que se advierte en el autor para presentar á la vista del público no solamente tal ó tal personage, tal ó tal acontecimiento, sino todo un siglo, toda una época, con su heroismo y sus creencias, sus costumbres, su espíritu y su cultura.

Aquellos príncipes turbulentos é indómitos que libraban á la punta de sus espadas la defensa de sus derechos, aquellos ricos hombres pujantes y esforzados que dividian con sus rivalidades, la corte y el pais; aquel clero dominante y poderoso que daba y quitaba las coronas de las cabezas de los príncipes, y que desde el interior del santuario dirigia toda la política del gabinete, toda la lucha de los combates; aquellos caballeros galantes, briosos y enamorados que con la fuerza de su brazo vencian en el torneo por obtener una flor que presentar en las aras de su misteriosa deidad; aquellos representantes del pueblo, honrados y francos, cuya voz terrible y concienzuda solia desvaratar los planes de los magnates; aquel pueblo en fin bullicioso, indómito y guerrero que corria á las armas por instinto, que defendia á sus leyes y sostenia sus libertades por firme y decidida voluntad; todo esto se halla tan esquisitamente compendiado en este drama, todo ello delineado con rasgos tan felices y briosos, que el espectador asiste verdaderamente á una historia de la edad media, de esa media edad tan horrendamente desfigurada en manos de imberbes autorcillos. Lean estos el drama del Sr. Roca, lean las eruditas notas que le acompañan y en que se justifican los sucesos, los caracteres, y hasta las palabras puestas en boca de los personages, y conocerán la estrema dificultad de tratar dignamente los asuntos históricos, y no podrán menos de felicitar al autor por su admirable erudicion, por su esquisito trabajo y por la sana crítica que en él ha empleado.

La heróica Doña Maria, el imbécil D. Juan, el animoso infante de Aragon, el intrigante y cortesano D. Enrique, el pundonoroso Señor de Vizcaya, son sin duda alguna fieles traslados de la historia; y en el honrado procurador de Segovia, en el Abad de Sahagun traidor y revoltoso, en el virtuoso y evangélico Arzobispo de Toledo, en el médico hebreo y en los demas personages en fin que sirven para dar la necesaria animacion al drama, no dudamos tampoco encontrar representados, todo el valor cívico, toda la ambicion, todas las virtudes, toda la bajeza en fin de una corte agitada por las pasiones, de un siglo aun atrasado en la civilizacion. El poeta ha sabido engrandecer, no exagerar aquellos cuadros, ha conocido que para prestarles el barniz poético que requiere la escena, no necesitaba maltratar ni obscurecer el colorido histórico, y este es á nuestro entender el principal mérito entre los muchos que distinguen á su obra.

Vemos en ella tambien cuidadosamente tratada la moral y la política; vemos triunfante la virtud por su esfuerzo solo, vemos al crimen retratado en su verdadero aspecto sin exagerada caricatura y con la conveniente discrecion para no hacerle interesante; vemos sembrada toda la obra de situaciones interesantes, de incidentes verosímiles, de máximas profundas y filosóficas, de dichos agudos é ingeniosos.

Escuchamos en ella la lengua castellana en toda su pompa y bizarría, la poesía nacional elevada á la altura del sus mas felices épocas; el decoro de la escena cuidadosamente observado hasta en el uso escogido de las voces; la belleza poética prestándose sin violencia á la exactitud del raciocinio, á la violencia de la pasion, á los chistes de la conversacion familiar.

Donde tantas y tan dificiles dotes llegan á reunirse ¿cómo osará nuestra atrevida crítica buscar lunares que corregir, encontrar errores que condenar? ¿Ni qué pudieramos decir de nuevo á un autor que se presenta con una obra maestra por primer ensayo, y que seguro en la copia de sus conocimientos, podria respondernos á cada observacion histórica, con una serie de crónicas y manuscritos, á cada crítica literaria con un razonamiento fundado en la verdad y en el gusto mas delicado?

Por fortuna participamos sino de su erudicion, por lo menos de su modo de ver el drama moderno; creemos que el que hoy ha presentado en nuestra escena puede servir de modelo en cuanto á la severidad del pensamiento, en cuanto á la discreta economía de los medios, en cuanto á la gala y valentía de la dicion. Si algunas de las escenas han parecido acaso lánguidas en la escena, aconsejamos á los que tal hubiere sucedido, que las lean, y nos digan si se atreveria á suprimir ninguno de sus no-

bles pensamientos, ninguno de sus armoniosos versos. No pretendemos citar ninguna por no vernos obligados á hacerlo con todas las del drama, y porque de este modo creemos escitar en el público el deseo de examinar detenidamente la obra y de confirmar en la lectura la unánime opinion aprobadora con que hizo resonar la escena.

En la ejecucion de un drama de tanto aparato y de tantos y tan importantes personages es difícil llegar á la perfeccion, y singularmente con los escasos medios de nuestros teatros; sin embargo la empresa ha sabido vencer muchos inconvenientes y presentar este con decoro y aun grandeza, tanto la parte del movimiento escénico como en la riqueza de las decoraciones y el lujo de los vestidos. Los actores por su parte tambien se han esmerado; los papeles de la Reina, del procurador de Segovia, del infante de Aragon, del Abad de Sahagun y del médico hebreo estuvieron bastante bien comprendidos, y el Sr. García Luna nada nos dejó que desear en el del taimado é intrigante D. Enrique.

EL PRÉSTAMO DE FRANKLIN.

La mayor parte de nuestros lectores conocen sin duda alguna la historia del célebre anglo-americano Dr. Franklin, que tan eficazmente contribuyó á la independencia de la América septentrional, y cuyos vastos conocimientos científicos y literarios, y las eminentes virtudes públicas y privadas que le distinguieron, realza la circunstancia de deberlo todo á sus propios esfuerzos y genio estraordinario, con los cuales se elevó por sí solo, sin el ausilio de una educacion preparatoria, y en medio de obstáculos al parecer insuperables, de la oscuridad en que nació al apogeo de los honores y consideracion pública. Nos proponemos ocupar algunas columnas del Semanario con la biografía de este hombre singular; entretanto citaremos un rasgo de su carácter por el que se vé que la benevolencia corria en él parejas con la originalidad. Durante su residencia en París escribió á un amigo necesitado la siguiente carta.

Abril 22 *de* 1781.

Adjunto os remito un billete por diez luises de oro, advirtiendo que no es mi ánimo haceros donacion de esta suma que habeis de considerar como un *préstamo*. Cuando regreseis á vuestra patria, sin duda alguna emprendereis alguna carrera ú ocupacion que con el tiempo os facilitará los medios de pagar vuestras deudas. En este caso cuando se os presente alguno tan necesitado como vos lo estais hoy, *me pagareis* prestándole los mismos diez luises bajo la condicion de satisfacer su deuda del mismo modo, cuando pueda y halle igual oportunidad. Espero que asi pasará esta cantidad por muchas manos hasta que dé en las de un *pícaro* que la detenga. Habeis de saber que esta es una de mis jugarretas para hacer mucho bien con poco dinero. No soy bastante rico para emplear mucho en actos de beneficencia, y asi procuro sacar el mayor partido posible de lo poco que puedo dar.

FUNERALES EN TURQUIA.

Hay ciertas épocas solemnes de la vida en las cuales mas que en los actos ordinarios de ella se manifiestan las ideas y creencias de los pueblos. Tales son los nacimientos, matrimonios y entierros. El exámen filosófico de cualquiera de ellos ofrece al observador la clave de numerosas inferencias y el verdadero tipo del carácter moral de los habitantes de un pais.

Los turcos dan á sus cementerios el nombre de *ciudades del silencio*; y no sin fundamento ni propiedad, si se atiende á su estructura. Compónense estos de un campo abierto de vasta estension y distante de los puntos habitados. El terreno mas ó menos desigual está cubierto de sepulcros de varias formas generalmente rodeados de cipreses, árbol que en todos los paises de Europa, aun entre los orientales, es considerado como el emblema de la muerte. La multitud de estos sepulcros comunmente de mármol blanco y con especialidad los que contienen los restos de los magnates y personas opulentas erigidos en forma de templetes sobre cuatro columnas y con sus cúpulas sobresaliendo de los árboles que los rodean, dan efectivamente al cementerio la apariencia de una ciudad considerable. La razon porque son tan vastos estos cementerios es la repugnancia que tienen los turcos á volver á levantar la tierra en el mismo paraje donde ha sido depositado un cadáver. Lo tienen por una profanacion en cuanto á que creen turbar asi el reposo de los muertos. Los sepulcros de los pobres no van cubiertos de lápidas pero todos tienen hácia la parte donde se halla la cabeza una piedra ó zócalo de mármol blanco; sobre ella hay un turbante tambien de piedra cuya hechura denota el rango del difunto. Las que decoran el sepulcro de las mujeres terminan en punta y no llevan adorno alguno; pero en unas y en otras se leen inscripciones tomadas del Alcorán ó de los poetas orientales. Los mausoleos de los emperadores mogoles de la India ó de los príncipes de Persia, mas parecen palacios que sepulcros.

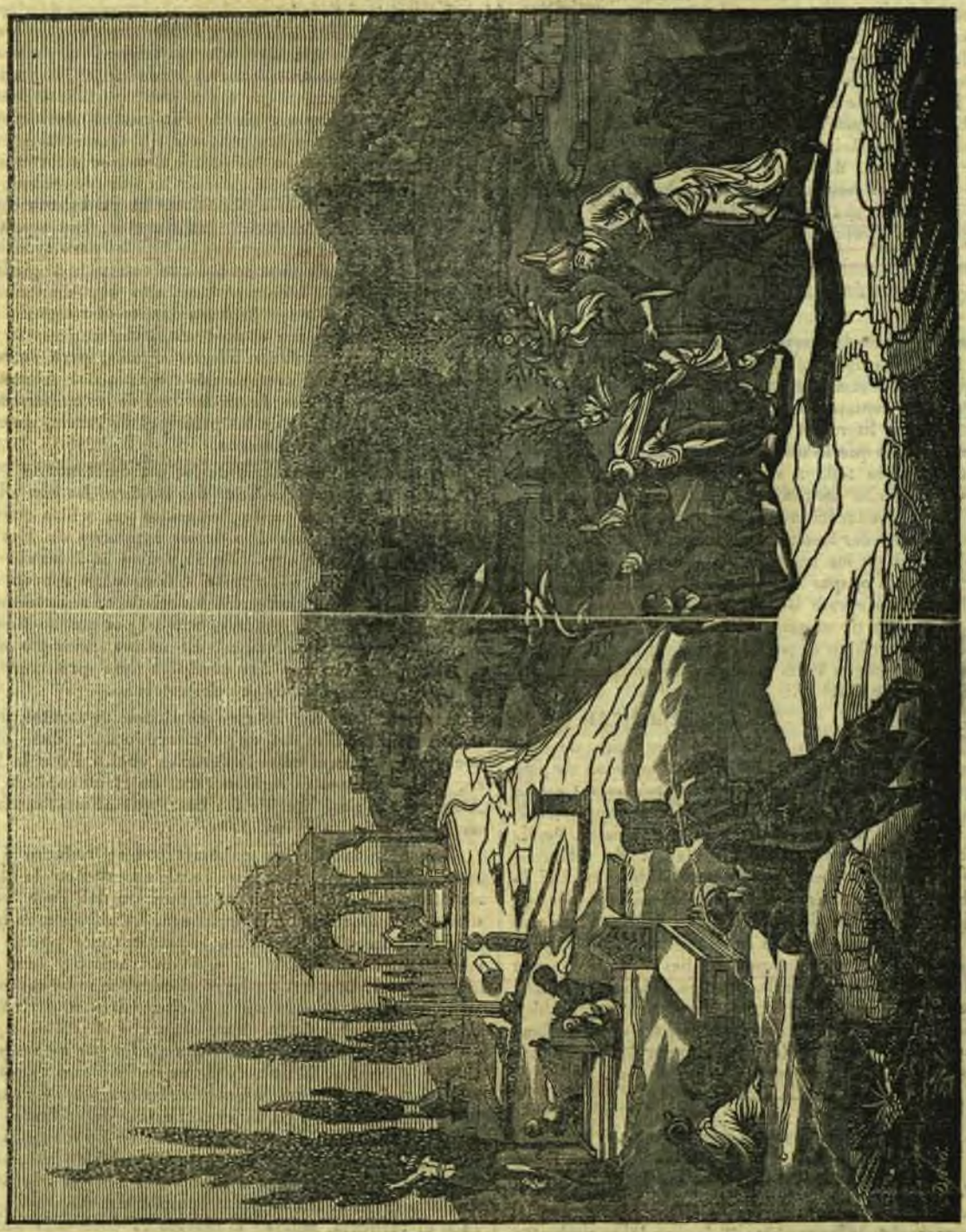
El principal cementerio de los mahometanos se halla en Scútari en la orilla asiática del Bósforo. Lo han situado los turcos en este punto, inducidos por la idea que tienen de que algun dia han de ser expelidos de Europa por los cristianos en cuyo caso se verian holladas sus cenizas por los enemigos de su fé. Sin embargo á poco que reflexionasen conocerian que si los cristianos se apoderanse de Constantinopla no quedaria Scútari por mucho tiempo en poder de los musulmanes. El mismo principio obra en sentido inverso con los europeos que prefieren ser enterrados en el lado de aca del estrecho.

Un verdadero creyente en sus últimos momentos pronto á recibir la visita del ángel esterminador, debe estar boca arriba con el costado derecho vuelto hácia la Meca. Los circunstantes repiten cerca de él un capítulo del Alcorán y la profesion de fé: basta que el moribundo se una á ellos de intencion.

Las exequias de los mahometanos se reducen á un corto número de ceremonias: consisten estas en la ablucion funeraria, la eleccion y disposicion del paño mortuorio, las oraciones y la sepultura. La ablucion se hace con una decoccion de yerbas aromáticas que puede ser reemplazada con una infusion de malvavisco y aun con agua natural. Despues de lavar el cadaver se le envuelve en tres lienzos si es hombre, y cinco si es mujer. Esta ha de llevar el cabello sobre el pecho dividido en dos ramales. Los lienzos ó sábanas van atados por ambas puntas, y deben ser blancos y de una sola pieza. Síguense inmediatamente á estas ceremonias las oraciones fúnebres, las cuales se hacen en la casa misma del difunto por cuanto no es admitido ningun cadaver en las mezquitas ni templos destinados á los vivientes. Concluidas las oraciones es transportado el cuerpo al cementerio con la cabeza hácia delante. En la parte anterior del ataud va colocado el turbante, aunque el muerto es enterrado sin él. Los acompañantes van sin hachas, cánticos ni lamentaciones.

Sea aversion á todo aquello que se asocia á la idea de la muerte, ó para desembarazarse cuanto antes del cadaver

mirado siempre como un obgeto impuro, los musulmanes ejecutan siempre con precipitacion las ceremonias fúnebres y llevan el cuerpo á su última mansion con paso acelerado. Sin embargo, ya por el aspecto pintoresco y situacion agradable de los cementerios, ó por respeto á la memoria de los difuntos, frecuentan los turcos en la bella estacion estos recintos de la muerte, y se les ve orar con devocion sobre las tumbas de sus parientes y deudos. Las mujeres lo verifican comunmente los viernes, en cuyo dia creen que se renueva en sus amigos ya difuntos la memoria de los lazos que los unieran á ellas en otro tiempo. Se las ve entonces reclinadas sobre los sepulcros que limpian de las malas yerbas y cubren de coronas de mirto y siemprevivas.



(Cementerio turco.)

El grabado que acompaña representa parte de un cementerio turco y un entierro ó procesion fúnebre en que se ve el cadáver llevado en hombros sobre unas angarillas: precédenle y le siguen hombres que llevan grandes ramas de árboles si es posible con fruto ó flor; vienen despues sus amigos y acompañantes, y detras de todos su caballo favorito conducido por el mas antiguo de sus criados. El séquito suele á veces ser muy numeroso por cuanto voluntariamente se unen á él muchos devotos que consideran este acto como una accion meritoria.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, EDITOR.